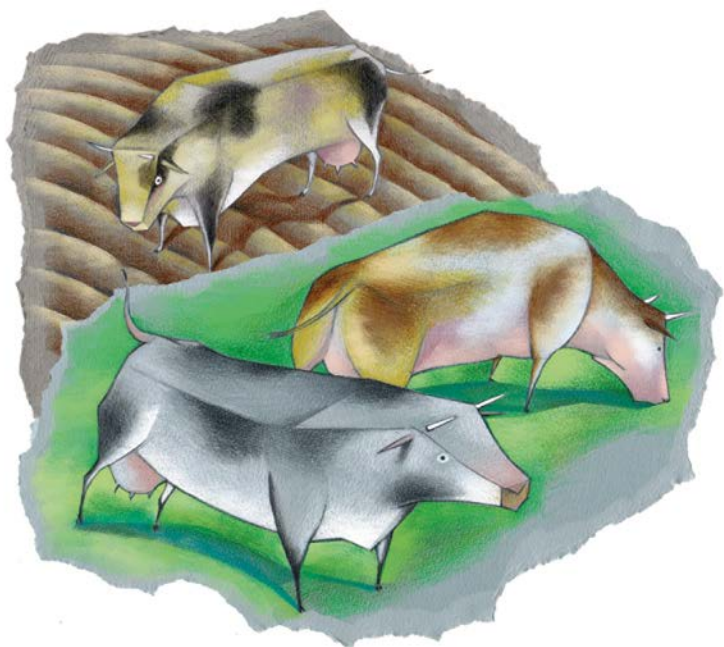


PRIMERA PARTE





Eustrebundio y Dorotasio

Hay quien asegura que Eustrebundio y Dorotasio nacieron el mismo día y a la misma hora. Parece demasiada coincidencia. Lo que sí es cierto es que nacieron el mismo año y el mismo mes, tal vez hasta la misma semana. Eso sí, está totalmente demostrado que nacieron en la misma aldea.

Lo que resulta más difícil saber es en qué época vivieron. Tuvo que ser hace muchísimo tiempo; pero... ¿cuánto?

Tal vez fuese en la Edad Media. En esa época los hombres se introducían en armaduras de acero. Cuando se bajaban del caballo parecían patos mareados. Aunque..., pensándolo bien, en los tiempos de Eustrebundio y Dorotasio ni siquiera se habían inventado las armaduras.

¿Entonces...? Sin duda tuvo que ser antes.

Si nos ponemos a pensar la cosa fríamente, pudo ser en los tiempos de Maricastaña, que ya es echarle antigüedad al asunto.

Lo primero que nos interesa saber es que, en aquel entonces, los hombres no se llamaban como ahora. Tenían nombres... un poco más raros y un poco más largos.

Por ese motivo, Eustrebundio se llamaba precisamente Eustrebundio y Dorotasio se llamaba Dorotasio y no de otra manera.

¡Y hay que ver lo orgullosos que estaban de sus nombres! Pensaban que eran nombres vigorosos, como ellos mismos, que se podían pronunciar a gusto, llenándose bien la boca de sonidos.

–¡¡¡Eus-tre-bun-dio!!! –gritaba Dorotasio desde lo alto de una montaña.

–¡¡¡Do-ro-ta-sio!!! –respondía Eustrebundio, que se hallaba cuidando ganado en lo más hondo de un valle verde y fecundo.

Daba gusto llamarse así en aquella época.

Mamá Eustreberta y papá Abundio tenían su cabaña junto a la de mamá Dorotea y papá Anastasio. Y los dos recién nacidos vinieron a colmar de gozo ambos hogares.

Eustrebundio era un poco más moreno, con los ojos tirando a oscuro y el pelo algo más rizado.

Dorotasio era un poco más rubio, con los ojos tirando a claro y el pelo algo más liso.

Todo el mundo ensalzaba la fortaleza de los dos pequeñines.

–Serán fuertes e inteligentes –sentenció el anciano Agusnando, el hombre más viejo y sabio del poblado, nada más verlos.

De lo que sí quedó constancia fue de su vigorosa forma de llorar. Para desesperación de los vecinos, lo hacían por la noche, como si estuvieran compitiendo. Si el uno gritaba como un desesperado, el otro lo imitaba al instante. Y al contrario.

–Calma, hijito –decía con ternura mamá Eustreberta, mientras sacaba de la alacena unos pañales limpios.

–¡Haz lo que sea para que ese crío se calle de una vez! –rugía papá Abundio llevándose las manos a la cabeza.

Y en la casa de al lado...

–Come a gusto, tragoncete –mamá Dorotea ofrecía al niño su generosa teta.

–¡A ver si por fin es posible que deje de llorar! –gruñía papá Anastasio.

De su infancia se saben pocas cosas, aunque se cuentan muchas. Y todas hablan de lo mismo: amistad. Dorotasio y Eustrebundio eran grandes amigos.

–Hoy mi madre ha preparado pastel de zanahoria –decía Eustrebundio–. Estaba riquísimo. Me acordé de ti y te traigo un buen pedazo.

–¡Oh, gracias! –exclamaba Dorotasio, a quien le entusiasmaban los pasteles de zanahoria de mamá Eustreberta–. El viejo Genasforo –continuaba con la boca llena de pastel de zanahoria– me ha enseñado a tallar canoas de madera. Yo mismo he tallado dos, ésta es para ti. Podemos echarlas al río, nos divertiremos viendo cómo las arrastra la corriente.

Por la tarde, enlazados con los brazos por encima de sus hombros, acompasando sus respectivas formas de caminar, sintiéndose muy cerca el uno del otro, se llegaban hasta el río.

–Vamos a la cascada. Dejaremos caer las canoas por ella.

–¡Qué buena idea!

Y las pequeñas canoas podían caer una y mil veces por la cascada. Y como Dorotasio y Eustrebundio nunca se cansaban, volvían a recogerlas, ascendían hasta el rompiente del río y las arrojaban de nuevo con la esperanza de que una pirueta inesperada en la caída hiciera sus delicias.



–Fíjate, se han metido en un remolino.

–¡Qué divertido!

El agua las zambullía y desaparecían por unos instantes, volviendo a emerger unos metros más abajo.

–¿Tratamos de hundirlas?

–De acuerdo, te demostraré que tengo mejor puntería que tú.

Y los dos echaban a correr como locos, pues tenían que llegar antes que las frágiles canoas al pedregal, allá donde las aguas se remansaban en un pequeño meandro, cuyas márgenes estaban repletas de guijarros, entre los que crecían algunos juncos que la abuela Eustrosinotea utilizaba para hacer toda clase de cestas.

–¡Ahí llegan!

–¡Eh, no vale con piedras tan grandes!

–Está bien, pero recuerda que tiramos una vez cada uno.

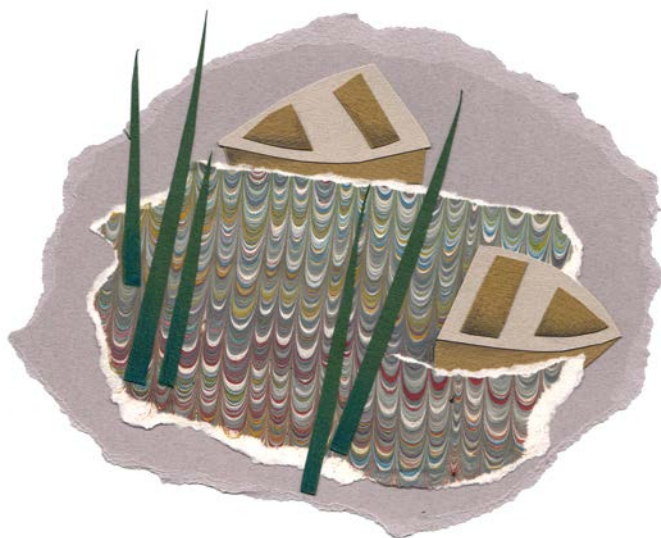
–¡Adelante! ¡Ya están aquí!

¡Pobres canoas de madera!

Dorotasio y Eustrebundio tenían una puntería envidiable, lo cual solo se explicaba si tenemos en cuenta que Alfrepiedrolfo fue maestro de ambos en el difícil arte de lanzar guijarros. Las piedras silbaban por el aire y

levantaban gran cantidad de agua al estrellarse contra la corriente.

Pero se saben pocas cosas con certeza de su infancia, en la que sin duda irían forjando los lazos de amistad que durante tanto tiempo les unirían y que a muchos hicieron pensar que serían eternos.





En busca del mundo

La vida en tiempos de Dorotasio y Eustrebundio era muy primitiva. Muchas de las cosas que hoy utilizamos normalmente ni siquiera se habían inventado entonces. Pero, a pesar de todo, vivían contentos, ya que eran amigos y se llevaban muy bien.

¡Y más les valía que así fuese!

En aquella parte del mundo donde estaba su aldea no había nada más. Era imposible ver a otras personas que no fueran las ocho o diez

familias que formaban el poblado. El mundo era algo reducido para aquellas gentes. Nadie sabía lo que existía detrás de las montañas porque ninguna persona se había asomado al otro lado. Eustrebundio y Dorotasio lo habían comentado muchas veces.

–Es sencillísimo. ¿Por qué no lo intentamos?

–Tardaríamos mucho tiempo y mis padres me reñirían, pues me tienen dicho que no me aleje demasiado del poblado.

–A mí también. Pero te aseguro que en cuanto me haga mayor subiré hasta lo más alto de las montañas y...

–¡Y yo iré contigo!

–De acuerdo, pero no se lo digas a nadie.

Era otra época aquella, con menos apreturas. Los campos inmensos estaban des poblados y los animales vagaban por ellos a su antojo. Solo diminutas extensiones de terreno estaban cultivadas. Los escasos habitantes iban de un sitio a otro, con su humilde casa a cuestas, en busca de un lugar donde poder sobrevivir con el esfuerzo de su trabajo.

Así se formó la aldea de Eustrebundio y Dorotasio por sus abuelos respectivos.

Y sucedió, como es inevitable, que los dos niños que lanzaban guijarros como nadie desde

la orilla del río crecieron y, por tanto, dejaron de ser niños.

A Eustrebundio le creció una preciosa barba morena y rizada que se le abría como un abanico bajo la barbilla. A Dorotasio le creció una resplandeciente barba rubia que le caía hacia el pecho como una punta de lanza primorosamente tallada. Y ninguno de los dos había olvidado una conversación que mantuvieron años atrás.

—Mañana iré hasta las montañas y ascenderé a la cumbre más elevada.

—Iré contigo.

—Y podré mirar al otro lado.

—Miraré contigo.

—Veremos el mundo.

—¿El mundo? —se extrañó Eustrebundio, que jamás había oído semejante palabra.

—Sí; me gustaría ver el mundo —añadió Dorotasio con seguridad.

—¿Qué es el mundo?

—El anciano Agusnando dice que la tierra es inmensa. El mundo debe de ser la tierra que hay al otro lado de las montañas, al menos es lo que creo.

Dorotasio tampoco estaba muy seguro de lo que era el mundo. Ni el mismo Agusnando,

el anciano más sabio del poblado, lo sabía con seguridad.

Al día siguiente, los dos amigos partieron muy de mañana. Con una extraña ilusión, que jamás habían sentido, caminaron hasta las montañas y, sin sentarse un minuto a descansar, comenzaron la ascensión.

No eran unas montañas grandísimas, ni siquiera medianas. Eran... poco más que montañitas.

Cuando llegaron a la cumbre más alta miraron con avidez al otro lado y, así, sin parpadear, estuvieron mucho tiempo. Lo que veían era sorprendente y decepcionante a la vez. No había nada al otro lado, es decir, solo otro valle, otro río, otras montañas... ¿Y aquello era el mundo?

Los dos amigos se miraron fijamente a los ojos. Una idea rondaba por sus cabezas a la vez.

–Pues me iré de la aldea y caminaré el tiempo que sea necesario hasta que lo encuentre –sentenció Dorotasio.

–Iremos juntos –añadió Eustrebundio.

Fueron en vano los ruegos de sus padres respectivos para que se quedasen, ya que sus fuertes brazos eran necesarios para arar los

campos que con tanto sacrificio se cultivaban. Fueron en vano las lágrimas derramadas por sus respectivas madres, que tenían la intuición de que jamás volverían a ver a sus hijos si estos abandonaban la aldea. Y también fueron en vano las rectificaciones del viejo Agusnando, quien llegó a asegurar que el mundo no existía y que era peligroso caminar a tontas y a locas, pues la tierra podía abrirse bajo sus plantas y tragarse a ambos.

Todo fue en vano.

El poblado entero salió a despedir a los dos intrépidos y todos querían dar algún consejo de última hora:

–Tened cuidado con las bestias salvajes de feroz rugido.

–¿Y cómo son?

–Yo no lo sé, pero me han asegurado que existen y que son la cosa más espantosa que uno pueda imaginarse.

–Si veis a la corneja volar de izquierda a derecha, deteneos; es un mal augurio.

–¿Por qué?

–No sé, pero de pequeño me enseñaron que así era.

–Llevad armas.

–No las necesitaremos.

–Nadie hace un viaje largo sin llevar armas consigo, os aguardan muchos peligros.

–¿Qué peligros?

–No sé, pero eso siempre se dice a los que se marchan.

Uno por uno, fueron despidiéndose de todos y procuraron grabar en su memoria los consejos que recibieron. Luego, comenzaron a caminar y se alejaron del poblado, ninguno de los dos volvió la cabeza.

Anduvieron una barbaridad, pero como eran fuertes y ágiles no se cansaron. Subieron y bajaron infinidad de montañas, tantas, que llegaron a pensar que el mundo era solo una gran cordillera.

–¿Será esto el mundo? –preguntaba Eustrebandio.

–Tal vez –respondía Dorotasio–, pero seguiremos caminando.

Al cabo de varias semanas de marcha llegaron a un valle sorprendente. Los dos se quedaron boquiabiertos al contemplarlo. Era el lugar más maravilloso que habían visto. Su amplitud, el río que lo dividía justo por la mitad, la frondosidad de los bosques que se extendían por ambas partes, sus redondeadas montañas cubiertas de hierba, su frescura, su olor...

Era uno de esos lugares que uno descubre y donde le gustaría quedarse para siempre. Y Eustrebundio y Dorotasio estuvieron a punto de hacerlo.

–Es sencillamente sorprendente –exclamaba Eustrebundio.

–Jamás vi algo parecido.

–¿Será el mundo este valle?

–Tal vez, pero seguiremos caminando.

–Antes me gustaría ponerle un nombre.

¿Qué te parece Valle Sorprendente?

–Muy adecuado.

Y con ese nombre lo recordaron desde entonces.